

Luis Romero



LA NORIA



Premio Eugenio Nadal
1951



En *La noria* se describe un día en la vida de Barcelona en los años 50 a través de 37 capítulos, cada uno protagonizado por un personaje. Romero sabe unir hábilmente cada uno de ellos, de manera que va engarzando historias sin interrupción:

La protagonista del primer capítulo toma un taxi. Cuando llega a su destino la narración se queda en las cuitas y preocupaciones del taxista. La hija del taxista, que trabaja en una librería, es el siguiente personaje. Un catedrático cliente de la librería es el siguiente, etc. De esta manera Luis Romero consigue llegar al final con coherencia y sin que se pierda ni un momento el interés.

A lo largo de toda la obra está latente la preocupación del autor por dar voz a personas corrientes de aquellos tiempos, algo que nos sitúa en los orígenes del realismo social, corriente literaria en la que destacaron escritores de la talla de Jesús Fernández Santos, Luis Goytisolo o Ignacio Aldecoa.

A mis padres, que hace cuarenta años que viven en
«esta ciudad» y le han dado cuatro hombres.

*Quiero fer una prosa
en román paladino
con el cual suele el pueblo
fablar a su vecino.*

GONZALO DE BERCEO

MADRUGADA GALANTE

Empieza a amanecer. No se sabe cuándo surgió esta leve claridad sobre las azoteas de la ciudad. Una sonoridad desconocida, nueva, vibra en el aire, y en la atmósfera se está produciendo el diario milagro. El reloj de un convento, madrugador y disciplinado, da cinco —o quizá seis, que tanto vale— campanadas; campanadas de esas que siempre parecen sonar lejanas. Por un instante se diría que se ha paralizado el curso de las cosas.

A poca velocidad, por una calle de las que van al centro de la ciudad, marcha un taxi. Ya no hay prisa; el momento de la prisa ha sido superado con el alba. Dorita mira por la ventanilla, y el calor de esa claridad que nace penetra en su alma pequeña a través de sus ojos cansados.

En el cogote, bajo el cabello, la manga de él le está haciendo cosquillas. Diez horas antes no se conocían siquiera, pero está acostumbrada a exprimir la amistad como si fuera un limón, hasta dejarla sin jugo.

(—Buen mozo y guapo. Limpio. Deportista. Me gustan los chicos de Bilbao. Pagan bien y, ¡caray!, son fuertes. Ingenio. Cansada. Veremos qué tal se porta. ¿Rico? Sí, seguramente; corbata de seda, zapatos caros.)

La calle de Pelayo empieza a animarse. Gente que se dirige a su trabajo presurosa, malhumorada, como si cada día les defraudara ya desde el comienzo. Los obreros que van hacia las barriadas industriales se cruzan con los noctámbulos que se retiran fatigosamente; inútiles noctámbulos a quienes espanta el día. En un coche de punto cantan, des-

acompañados, dos borrachos; el cochero, sobre el pescante, cabecea soñoliento y paciente.

Dorita se siente cariñosa, o al menos quiere demostrar ternura:

—¿Estás cansado, Juanchu? Debes estarlo. ¿Sabes que eres muy fuerte? Me gustan los bilbaínos. Una vez conocí a uno que...

Las Ramblas están animadas (las Ramblas siempre vivas, cálidamente vivas, enamoradas de algo). Sobre los árboles, el azul y el rosa de la aurora pintan el aire que entra por los pulmones hasta el alma. Juanchu manda parar el taxi ante un puesto de flores; baja y compra un gran ramo de claveles. Son los más hermosos y jóvenes claveles recién estrenados en este amanecer, y traen gotas de rocío de las huertas del Prat o de San Justo Desvern. Sin subir de nuevo al coche se los entrega a Dorita, y mientras la besa en los labios —último beso fatigado, quizá agradecido sin embargo—, deja algo entre sus manos.

(—Galante, bonito gesto. Un caballero, vamos. ¡Ojo! Aquí está la cosa. ¿Cuánto? ¿Quinientas? No mires... Impaciente. Un caball...)

Se despiden allí mismo con la puerta del auto abierta, él con un pie, graciosamente, en el estribo.

—Adiós, Juanchu. Llámame mañana. Un poquito tarde, ¿comprendes, nene?

(—No, cuidado; mañana ese tío gordo... cena.)

—¡Ah, no! Ahora que recuerdo; mañana he de salir con una amiguita que ha venido de fuera. Llámame mejor pasado mañana. Pero te advierto que me iré a dormir prontito. ¡Me has dejado muy cansadita!...

Mientras se aleja, Juanchu vuelve todavía la cabeza para saludar. El taxi da la vuelta por la primera calzada de las que atraviesan el paseo central y vuelve a subir por la Rambla.

(—¡Ya me lo había parecido! Rico. Quinientas pesetas. Hierros; fábrica de papá. Mañana sin falta, modista. ¡Maldita bruja! Le daré trescientas y va que chuta. Tío gordo; conviene. Rico. Un estúpido. ¡Qué fuerte este Juanchu! Claveles de la Rambla. Quinientas. Buen chico. El gordo ese, mil. Hablarle claro. Categoría.)

La plaza Cataluña sin público parece más grande todavía, y en la fachada blanca del Banco Español de Crédito empiezan a encenderse los colores del día. Por la Ronda marchan los tranvías chirriantes, como rojas banderolas que anunciarán el alba ciudadana. Y ahora, si Dorita se preocupara de semejantes cosas, vería las palmeras más cultas de estos contornos: las que se balancean airosamente en la plaza de la Universidad.

Cuando el taxi sube por la calle de Balmes, el día ha sido proclamado oficialmente. Se abren las panaderías, las lecherías, y una portera madrugadora empieza a barrer la acera. Al fondo, el Tibidabo, viejo y majestuoso, presidente perpetuo de la ciudad, es un regalo para la vista que la mañana sirve en su bandeja; la tarjeta postal con que se inaugura la jornada. Todavía están cerrados los balcones y las ventanas, porque los ciudadanos no madrugan tanto.

Se escucha por las calles un ruido sano y reconfortante, música que los trasnochadores no perciben en este momento en que su derrota se ha consumado. Esta música, esta orquesta civil, es audible únicamente para quien acaba de remojarse con agua fresca. Y, aun, sólo la escucharán los iniciados. Es variada y sutil, y forma en su polifonía el himno de este pueblo. Todos los pueblos, todas las ciudades tienen su himno correspondiente, y el campo también posee su música propia. El concierto se inicia al amanecer.

Dorita no percibe esta música porque su día principia tarde y termina tarde. Ahora tiene prisa por llegar a su casa. Vive en un piso pequeño, claro, lindo. Desde el ancho ven-

tanal de su habitación se divisan las azoteas de la urbe, y al fondo, el mar; un mar maravillosamente azul, el mar del Mundo. Al sur, Montjuich; al norte, los días claros, la vista se pierde en una hermosa lejanía.

En un pueblo cualquiera tiene una madre huraña que vive con un hombre que no es su padre. Estará casada con todos los requisitos religiosos y legales, pero para Dorita vive con un hombre que no es su padre. La vida de esta chica es relativamente fácil porque tiene veintitrés años y unas piernas hermosísimas, unas piernas verdaderamente extraordinarias. Las cosas buenas se pagan, y en esta ciudad hay gente que posee mucho dinero; un dinero fácil y limpio. Para Dorita todo dinero es siempre limpio.

El taxi ha doblado hacia la izquierda. La ciudad va creciendo por aquí; siempre se ven casas nuevas y cuando se terminan de construir ya están otras subiendo piso a piso. Son casas grandes, hermosas; antes había quintas, masías, pequeñas torres. Este barrio ha sufrido una gran transformación aunque Dorita lo ignore, porque ella hace solamente cinco años que llegó del pueblo. Está contenta porque ha tenido la suerte de encontrar este piso, hace poco relativamente. El sexto, puerta tercera. Setecientas pesetas al mes, sin traspaso, agua y calefacción aparte, y luego portería, gas, y la luz, claro. Ha conseguido amueblarlo bien. ¿Cómo lo ha hecho? Eso sería ya otra historia y no de las más edificantes ciertamente; pero no hay que escandalizarse, pues al fin y al cabo es bastante corriente, casi normal, en este clima.

En su pueblo ya tenía mucho éxito desde que era una mocosa. Todos los muchachos la perseguían y ella debía haberse casado con uno, bastante rico por cierto, que era el candidato de sus padres. A estas horas habría engordado y tendría un hijo o dos. Pero se enamoró de un soldado, pues en aquellos años hubo tropas en el pueblo. Era guapo y de buena familia; sus padres vivían en Barcelona. Los sol-

dados se licenciaron y se retiró la guarnición cuando las circunstancias lo permitieron.

No cabe duda que encontrar en Barcelona a una persona de la que ni siquiera se sabe con seguridad el apellido, no es empresa sencilla; pero una mujer joven y enamorada es capaz de emprender cualquier aventura por disparatada que parezca. Además, había ocurrido algo que le dificultaba mucho, por no decir que le hacía imposible ya, casarse en el pueblo.

Tardó dos años en encontrar a su antiguo novio soldado, reintegrado nuevamente a la vida civil, y fue mejor para ella el haber tardado tanto tiempo, porque así se ahorró la desilusión. En esos dos años habían sucedido tantas cosas, que ya no merecía la pena hablar de matrimonio.

Dorita se mira al espejo del monedero; está llegando a su casa.

(—Bien; peinado más hacia atrás. La moda, peluquero; cien pesetas. ¿Rubia? No; ese tonto qué manía tiene... «¡Olé, morenaza!» Gustan las morenas. Mañana, Banco. Antes de las doce. Portera Chismosa. ¿Estará levantada? Hago lo que me da la gana. Pago; diez duros. ¿Qué más quiere la muy cochina? Su hija, una cursi; envidiosa. Al gordo ese, ni pum. Hacerme la ingenua. Mil o ni así. ¡El cerdo! ¿Qué se habrá creído? Mil; Banco. Medias Dupont 51. ¡Qué tarde! Siempre igual. ¿Cuánto marca el taxi? Veintiocho sesenta... ¿Le doy treinta? Está bien. Mucho. Una peseta y basta. ¡Veintinueve!)

Llegan frente al portal, nuevecito, con un cristal transparente y las barras metálicas de la puerta pintadas de negro. Han abierto la frutería y el horno, y en el bar de la esquina desayunan unos obreros que trabajan en el edificio que se está construyendo en la misma calle; ocho pisos alineados, exactos, tirados a cordel. Este bar pertenece al antiguo sistema del barrio y tiene una pila de piedra artificial de color

rojizo y unos grifos curvos de metal plateado que parecen signos de interrogación. Es un bar modesto que frecuentan los veteranos del barrio, a quienes los inquilinos de las casas nuevas van desplazando; también los albañiles son sus clientes; piden un porrón de vino para acompañar el desayuno, un vinillo flojo de Martorell, mientras esperan la hora de iniciar la faena. El sereno y el vigilante lo visitan por la noche, y hay una peña de viejos que llevan treinta años haciendo su partida de manilla en el velador de mármol de la izquierda.

Dorita oprime el botón del ascensor; sexto piso.

(—Menos mal que no han cortado la corriente. ¡Qué lata de restricciones! ¡Vergüenza es lo que necesitarían! Pronto no vamos a poder vivir las personas decentes.)

El ascensor se detiene. Por la claraboya se filtra luz y va iluminándose todo, hasta los rincones. Dorita busca la llave en el bolso; no la encuentra. El monedero de las mujeres es un abismo donde puede extraviarse cualquier objeto.

(—¿Dónde estará? Olvidada... Seguro que me la dejé en... ¡Ay, Dios! ¿Qué hago? No. ¡Aquí está! Menos mal.)

Abre la puerta y para expulsar esta luz intrusa que se ha instalado en la habitación baja la persiana ruidosamente. En la cocina bebe un vaso de leche fría que saca de la nevera.

(—No bebo más coñac. Sequedad. ¡Estos vascos! Diré que estoy enferma. Del hígado; queda bien. Agua mineral y café con le... No, tonta. ¡Vino, coñac, generosidad... la vida!)

Va dejando las prendas sobre un sofá y una butaca tapiizados de raso de azul, a rayas, que hay en el gabinete. Tiene un cuerpo espléndido, fino, fuerte, elástico; su piel es jo-

ven, tersa, suave. Se coloca el camisón y se mete entre las sábanas.

(—Frescura... Dormir. Playa. Uuu... aaay... oooh. Telefonar mañana. Vestido azul y monedero rojo; zapatos, ¿qué zapatos? Mañana pensaré. Uuuuu... aaauuu... ¡Qué vida!...)

Dobla las rodillas y se acurruca; un gran placer le arrebatla la piel y se le mete hasta el alma.

(—Gracias, Dios mío, gracias por ayudarme. Tú sabes bien que no soy mala. Quinientas pesetas. Gracias. No soy mala, no.)

Cuando se acuesta recuerda lo que ha hecho y proyecta lo que hará al día siguiente. A veces, sobre todo cuando algún contratiempo le hace sentirse desgraciada, se acuerda de su pueblo y de cuando vivía su padre; de cuando era una niña como las demás... En esos momentos es como si fuera otra persona, como si ella no fuera la misma Dorita.

De esta ventana para afuera, la ciudad empieza a despertarse. Un reloj cualquiera ha dado una hora, las siete seguramente. El sol ilumina los pisos altos y enciende el Tibidabo.

PEREGRINO EN SU CIUDAD

El taxi ha vuelto a parar en la esquina, junto al bar antiguo. El conductor se llama Manuel Fontdevila. Tiene sueño y es natural que así sea, pues ha pasado toda la noche en el volante. Apenas ha descansado; al Cortijo, al Hotel Diagonal, a la Rambla esquina Hospital, a la calle de Nápoles, a la Avenida del Tibidabo, a la Rosaleda, a Muntaner esquina Valencia, al Navarra, a la calle Caspe cerca del Paseo de San Juan, a la plaza Universidad, al Hotel Magoria, a la Plaza de España, a la calle Borrell, a Sans, al paseo Colón, al Guinardó junto a la plaza Catalana, a la Plaza Urquinaona, otra vez al Diagonal, y por fin a la Rambla, a comprar flores, y ahora, a San Gervasio. Este hombre ya tiene derecho de irse a dormir.

(—Una *barreja* me sentará bien. Si no, me duermo. ¡Qué nohecita! Era un tío bueno el andaluz. Diez pesetas de propina; eso es ser un señor de verdad. «Lo que sobre para usted, taxista.» ¡Ole su madre! Viajes al Diagonal, buena propina. ¡Venga, pues, Hotel Diagonal! ¿A mí qué me importa? Son unas zorras. No las conozco. ¿Acaso es mi mujer? ¿Acaso es mi hija? No, padre. Pues que hagan lo que quieran. Yo a mi oficio. No sé nada de nada. Me importa un bledo. ¿Allí?... pues allí. He de poner gasolina. Bueno... luego. Una *barreja*. ¡Caray! Tengo derecho.)

En el bar desayunan unos albañiles. Trabajan horas extraordinarias esta temporada. Les sale a unas cuatro pesetas la hora, más el quince por ciento y el subsidio familiar. Aunque ya deberían estar trabajando, como no ha venido

el encargado, aprovechan para comer un bocado y beberse un porroncito de clarete. Manuel se acerca al mostrador.

—Una *barreja*; con anís del Mono, ¡eh!

El dueño lleva cuello postizo y corbata negra de lazo.

No usa chaqueta y las mangas algo sucias de la camisa blanquean desde la sisa del chaleco. Ha puesto ante Manuel un vaso no muy grande, acampanado, y lo llena hasta la mitad con moscatel de una botella sin etiqueta; luego, trae del anaquel la del anís del Mono y mide una copa que derrama dentro del vaso. Ya está hecha la *barreja*.

(—Dos pesetas. O dos cincuenta, quizá. Claro que es a cuenta de la propina del andaluz. La María lo notará. ¡Qué pesada!... «Ya has bebido...» «Yo creo que te vas de juerga...» ¡Pesada! Ella durmiendo, bien repantigada, y yo fastidiado. ¿Frío? No puede ser. Destemplado. Es tarde. Debí dejar este viaje. Una cochina peseta de propina. Era guapa. Él me da más, seguro. Optimista. ¡Menudo lote se habrá dado! Mujeres caras. La María; tetas gordas, caídas. ¡Maldito mundo! A uno no le quedan más que los desperdicios. La revolución social esa... ¡Bah!, cuentos. Los pobres, pobres. Si un día quiero, voy y pago veinte duros... No, éstas son de categoría. Sí, sí... Una cochina peseta...)

Los albañiles se van hacia la obra porque ha llegado el listero. El velador queda lleno de migas y el dueño sale de detrás del mostrador y las limpia con un trapo que lleva al hombro. Luego cuelga tras los cristales un letrero que dice: «Café exprés. Del mejor, 1,25.» Hay dibujada una taza humeante.

Manuel va paladeando la mezcla mientras por los bolsillos busca un cigarrillo Camel, obsequio de un cliente que ha llevado al Bar Sanlúcar de la Rambla a primera hora de la noche. Parecía algo borracho y todo el tiempo le fue hablando.

(—Tipo curioso; un taxi para cruzar la Rambla. Del Andalucía al Sanlúcar; justamente cruzar. Pues, no; un taxi. «Es ahí enfrente, caballero.» «Haga lo que le digo, amigazo.» «Es que hemos de bajar hasta Colón...» «Como si tiene que bajar al infierno.» Hay que obedecer siempre. Todo es recorrido y el taxímetro marca. Tal vez un borracho. ¿Despistaría a alguien? Al sastre... o a alguna mujer, seguramente. ¡Vaya vidaza! Copa por aquí, copa por allá... ¿De dónde sacarán los cuartos? Y uno aquí, al volante, como un cabrito. Y la mayor parte para el patrón. El tío allí, bien sentado, esperando que le lleven los duros. Claro... que... me defiendo... Si la vida fuera como antes... si un duro fuera un duro... Día por otro ciento cincuenta pesetas. Unos años... pero todo sube. Esta *barreja*, seguramente, dos cincuenta. ¡Cerdos!)

Aplasta la colilla contra el borde del mostrador, apura el vaso hasta el fondo inclinando la cabeza hacia atrás de un golpe, y pregunta:

—¿Cuánto es?

—Dos treinta.

Deja sobre el mármol dos pesetas arrugadas, pringosas y las tres piezas de aluminio; veinte céntimos más le tiemblan entre los dedos.

(—No; debe ser el dueño. ¡Qué importa! El sirve... No, sí... no. Sí, hombre.)

Otras dos monedas quedan apartadas ligeramente del precio exacto de la consumición.

Nuevamente va en marcha el taxi, ahora por la calle de Muntaner. Los tranvías bajan veloces. Los comercios todavía no han abierto; si acaso, algún librero de viejo, o un relojero. En los quioscos de periódicos cuelgan las noticias del día anterior y los mirones se informan gratuitamente de las más importantes. (Un discurso en primera plana del ministro de Obras Públicas no interesa demasiado.)

Aunque este taxista se queja y se pasa el día refunfuñando, la vida no le va del todo mal. Claro que ha de trabajar mucho, aguantar impertinencias y hacer la vista gorda muchas veces, pero se saca un buen jornal. La María es, además, muy trabajadora y sabe cómo se compra, y en estos tiempos, la buena administración en una casa equivale a un sueldo elevado. La hija está empleada en una librería. Gana para sus gastos y todavía le entrega a la madre trescientas pesetas todos los meses como ayuda al presupuesto familiar. Si no se complican las cosas, dentro de dos años Manuel tendrá coche propio. Ha sido su aspiración desde que se puso por primera vez al volante, hace casi veinticinco años.

Ya no tiene tanto sueño y está echando cuentas de lo que le corresponde en las ganancias de la jornada. La gasolina la pagan los dos, a partes iguales, reparaciones, patente y demás, el dueño; y lo que queda limpio, la mitad para cada uno. Claro que siempre se hace algún estraperlillo, y luego, las propinas, aunque hay que reconocer que desde que se inició esta maldita crisis de que se habla, han decrecido mucho.

Pasa por delante de la Plaza de Toros Monumental y gira por una calle ligeramente empinada. A la derecha hay un garaje cuya amplia portada está pintada de rojo y blanco. Deja el vehículo en el fondo y se pone a hablar con el guardián.

—¿Ve usted cómo no tenían nada que hacer en Mestalla...? Ya se lo dije el sábado; el «Barça» está «a la sopa».

—«A la sopa» estaba ya el Español.

—Para el caso, los dos igual.

—Sí, pero no compare.

El guarda del garaje espera el relevo y hace un cuarto de hora que sus ojos van de la puerta al reloj y viceversa. Le cuelga de los labios una colilla apagada hace mucho rato. Desde el sábado no se ha afeitado. Tira la colilla al sue-